

gen á la idea; es un *vidente*, no un filósofo. Los personajes que presenta son personajes vivos, y vivas son sus acciones; lo que hay es que los palacios encantados y todo el cortejo de apariciones resplandecientes tiembla y se desgarran á trechos como un vapor, dejando entrever el pensamiento que las suscita y ordena. Cuando en su jardín de Venus vemos dispuestas por orden, esperando el ser, las infinitas formas de todas las cosas vivas, concebimos con él el alumbramiento del amor universal, la fecundidad incesante de la gran madre y la fermentación misteriosa de las criaturas que alternativamente surgen de su seno profundo. Cuando vemos á su caballero de la Cruz combatir con un monstruo, semimujer, semiserpiente, y defender á Una, su querida dama, recordamos vagamente que, si penetrásemos al través de esas dos figuras, encontraríamos bajo la una la Verdad y bajo la otra el Error. Comprendemos que sus personajes no son de carne y sangre, y que todos esos brillantes fantasmas no son más que fantasmas. Nos recreamos en su esplendor sin creer en su consistencia; nos interesamos por sus acciones sin alterarnos por sus males. Sabemos que su llanto y sus clamores no son verdaderos. Nuestra emoción se purifica y se eleva. No caemos en la grosera ilusión; disfrutamos del goce de soñar á sabiendas. Estamos, como él, á mil leguas de la vida real, fuera del alcance de la compasión dolorosa, del terror fiero, del odio hostigador y punzante. No encontramos ya en nosotros más que sentimientos delicados, á medio formar, suspendidos en el momento en que iban á afectarnos con demasiada fuerza. No hacen más que rozarnos, y sentimos una viva satisfacción al vernos libres de la creencia que nos agobia.

## XIII

¿Qué mundo podía suministrar materiales á una fantasía tan elevada? No había más que uno: el de la caballería; porque ninguno está más lejos de lo real. Solitario é independiente en su castillo, libre de todas las trabas que la sociedad, la familia y el trabajo imponen comúnmente á las acciones, el hombre feudal había acometido todas las aventuras; pero aún había imaginado más de las que había acometido: la locura de sus sueños superaba á la audacia de sus empresas; su cabeza, falta de un empleo útil y de una regla aceptada, había dado mil vueltas á lo irracional y á lo imposible, y la persecución del tedio agrandó desmedidamente la sed de excitaciones. Bajo este aguijón, su poesía llegó á convertirse en una fantasmagoría. Insensiblemente habían vegetado y pululado en los cerebros las invenciones extrañas, amontonándose unas sobre otras, como hiedras que se enroscan alrededor de un árbol, y el primitivo tronco desaparecía bajo su pompa y acumulación. Las delicadas imaginaciones de la antigua poesía galesa, los restos grandiosos de las epopeyas germánicas, los maravillosos esplendores del Oriente conquistado, todos los recuerdos diseminados en los espíritus de los hombres por cuatro siglos de aventuras se habían acumulado en un gran sueño, y los gigantes, los enanos, los monstruos, toda la turba-multa de las criaturas imaginarias, de las hazañas



sobrehumanas y de las insensatas magnificencias, se habían agrupado alrededor de un sentimiento único, el amor exaltado y sublime, como cortesanos prostrados á los pies de su rey. Materia amplia y flotante en donde tallan sus poemas los grandes artistas del siglo, Ariosto, Tasso, Cervantes, Rabelais. Pero estos artistas pertenecen demasiado á su tiempo para ser de un tiempo que pasó. Rehacen una caballería, pero no es una caballería verdadera. El irónico Ariosto, el fino epicúreo, se embelesa y regocija en su contemplación como voluptuoso, como escéptico que goza dos veces del placer, porque el placer es dulce y vedado. El pobre Tasso, bajo la inspiración de un catolicismo violento, resucitado y ficticio, y entre los oropeles de una poesía envejecida, trabaja sobre el mismo tema enfermizamente, con gran esfuerzo y mediano éxito. En cuanto á Cervantes, que es un caballero, aunque ame la caballería por su nobleza, comprende su locura, y la hace rodar por los suelos, aporreada, entre percaneces venteriles. Más grosera, más francamente, un rudo plebeyo, Rabelais, la ahoga, con una carcajada, en su alegría y su cieno. Sólo Spenser la toma en serio y naturalmente. Está al nivel de tanta nobleza, de tantas grandezas é ilusiones. No se ha encerrado aún en esa especie de medida juiciosa que va á fundar y encauzar toda la civilización moderna. Habita en la poética y vaporosa comarca de que los hombres se alejan más cada día. Enamorado hasta de su lenguaje, emplea las antiguas voces, los giros de la Edad Media, la dicción de Chaucer (1). Entra de lleno en los sueños más extraños de los antiguos narradores, y entra sin asombro, como quien de suyo los encuentra más ex-

(1) Sobre todo en el *Calendario del pastor*.

traños aún. Castillos encantados, gigantes y monstruos, duelos en los bosques, doncellas errantes, todo renace en sus manos, así la fantasmagoría de la Edad Media como la generosidad de la Edad Media; y precisamente por ser inverosímil ese mundo, por eso se amolda á él.

¿Basta la caballería para suministrarle materia? Ese no es más que un mundo, y existe otro. A más de los esforzados adalides, imágenes glorificadas de las virtudes morales, existen los dioses, modelos acabados de la belleza sensible; á más de la caballería cristiana existe el Olimpo pagano; á más de la idea de la voluntad heroica, que no encuentra satisfacción sino en las aventuras y el peligro, existe la idea de la fuerza serena, que se halla de suyo en armonía con las cosas. No basta un ideal para semejante poeta; al lado de la belleza del esfuerzo pone la belleza de la felicidad; las asocia, no por una mira preconcebida de filósofo ni con intenciones de erudito como Goethe, sino porque las dos son bellas, y así, en medio de las armaduras y de los pasos de armas, coloca aquí y allí á los sátiros, á las ninfas, á Diana, á Venus, como estatuas griegas entre las torrecillas y los árboles de un parque inglés. No hay nada de violento en esa amalgama; la epopeya ideal, como un cielo superior, acoge y concilia los dos mundos; un bello sueño caballeresco tiene allí por continuación un bello sueño pagano; lo importante es que sean bellos uno y otro. A esas alturas el poeta deja de ver las diferencias de las razas y de las civilizaciones. Puede poner lo que quiera en su cuadro, y alegrará por toda razón que «decía bien»; no hay razón mejor. Bajo las encinas de lustrosas hojas, de añoso tronco profundamente hundido en el suelo, puede ver dos caballeros que se acuchillan, y á los pocos momentos un grupo de faunos que van á bailar. Las balsas de luz



que se dilatan por el musgo aterciopelado, por el húmedo césped de un bosque inglés, pueden iluminar la suelta cabellera y los blancos hombros de las ninfas. ¿No lo habéis visto en Rubens? Y ¿qué significan las incongruencias en la feliz y sublime ilusión del sueño? Pero ¿hay siquiera incongruencias? ¿Quién las nota? ¿Quién las ve? ¿Quién no ve, al contrario, que, hablando en puridad de verdad, no hay más que un mundo: el de Platón y los poetas; que las cosas reales no son más que esbozos suyos, esbozos mutilados, incompletos y manchados, míseros abortos, esparcidos acá y allá por el camino del tiempo, como pegotes de arcilla á medio modelar y luego abandonados, que yacen en el taller de un artista; que, después de todo, las fuerzas y las ideas invisibles que renuevan de continuo los seres reales no alcanzan su plenitud más que en los seres imaginarios, y que el poeta, para expresar la naturaleza toda, tiene que extender sus simpatías á todas las formas ideales en que la naturaleza se ha expresado? He aquí la grandeza de esta obra: Spenser pudo abarcar toda la belleza porque no se preocupó más que de la belleza.

## XIV

Bien comprende el lector que es imposible exponer semejante poema. En efecto; son seis poemas, de doce cantos cada uno, donde la acción se desenlaza y reanuda, se enreda y torna á desarrollarse constante-

mente, y donde parece que se han acumulado todas las creaciones de la antigüedad y de la Edad Media. El caballero cabalga entre los árboles, y en el cruce de los caminos topa otros caballeros con quienes lucha; de pronto, del fondo de una caverna sale un monstruo, entre mujer y serpiente, rodeado de su horrible progenie; más allá un gigante de tres cuerpos; después un dragón tamaño como una colina, de afiladas garras y alas descomunales. Le combate durante tres días, y, derribado dos veces, no vuelve en sí sino con ayuda de un agua maravillosa. Luego vienen pueblos salvajes que es preciso vencer, castillos rodeados de llamas que hay que forzar. Entre tanto, las doncellas vagan por los bosques sobre blancos palafrenes, expuestas á las asechanzas de los malvados, protegidas á veces por un león que las sigue, ó libertadas por sátiros que las adoran. Los hechiceros multiplican sus prestigios; los palacios hacen ostentación de sus festines; los palenques acumulan sus torneos; los dioses marinos, las ninfas, las hadas y los reyes entretejen las fiestas, las sorpresas y los peligros.

Se dirá que es una fantasmagoría. ¿Qué importa, si la vemos? Y la vemos, porque la ve Spenser. Su buena fe nos contagia. Se halla tan en su centro en ese mundo, que acabamos por encontrarnos en él como en nuestra casa. No revela el aire de asombro que provocan las cosas sorprendentes; á él se le presentan de una manera tan natural, que las hace naturales; aniquila á los malvados como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. Venus, Diana y los dioses antiguos habitan á sus puertas y entran en su casa, sin que él pare mientes. Su serenidad se nos transmite. Por contagio nos volvemos tan crédulos y dichosos como él. ¿Puede ser de otro modo? ¿Por ven-



tura es posible no creer á un hombre que nos pinta las cosas con pormenores tan exactos y colores tan vivos? De repente os describe un bosque; ¿acaso no estáis allí con él en el mismo instante? Las hayas de blanquecino cuerpo, las encinas «en toda la majestad del estío», hundan en la tierra sus pilares y dilatan arriba sus cúpulas; tiemblan en la corteza rayos de luz, y van á posarse en el suelo, en los lechos que se tiñen de rojo, en los matorrales que, heridos repentinamente por el reguero luminoso, relucen y destellan. Apenas si se oyen las pisadas sobre la espesa capa de hojas; y, de trecho en trecho, centellean sobre las altas gramíneas las gotas de rocío. Pero al través del follaje llega el sonido de una bocina: ¡qué suavemente vibra y qué alegremente suena en aquel gran silencio! Retumba con más fuerza; acércase el galope de una caza, y allá, al través del camino, se ve venir una ninfa, la más casta y más bella que hubo en el mundo. Spenser la ve; más aún: está de rodillas delante de ella.

«Su rostro era tan hermoso que no parecía de carne, sino celestemente pintado con el brillante colorido de los ángeles, límpido como el cielo, sin defecto ni tacha, con una mezcla perfecta de todos los bellos colores; y eran sus mejillas, con su rubor bermejo, como rosas esparcidas en un cuadro de azucenas, que exhalaban perfumes de ambrosia y halagaban los sentidos con un doble placer, capaz de sanar á los enfermos y reanimar á los muertos.

»En sus hermosos ojos relumbraban dos vivos luminaires encendidos en lo alto á la luz de su celeste creador. Despedían rayos de fuego tan maravillosamente penetrantes y luminosos, que deslumbraban los ojos del atrevido que los mirara. El dios ciego había intentado

muchas veces encender allí sus llamas impúdicas, mas sin poder conseguirlo; porque con imponente majestad y cólera temida rompía ella sus dardos libertinos y apagaba los viles deseos.

»En sus párpados cobijábanse infinidad de gracias á la sombra de sus tersas cejas, para proveerla de dulces miradas y bellas sonrisas; y cada una la dotaba de una gracia, y todas se inclinaban humildemente á sus pies. Espejo tan glorioso de gracia celestial, soberano monumento adonde convergen todas las aspiraciones mortales, ¿cómo ha de describir su divino semblante una frágil pluma, embargada con el temor de ultrajar por torpeza su hermosura?

»Tan bella, y mil y mil veces más, aparecía al ofrecerse á las miradas. A causa del calor del aire ardiente, iba vestida de una túnica de seda, blanca como una azucena, guarnecida de bordados, sembrada por arriba de agujetas de oro relumbrantes como fúlgidas estrellas, y orlada alrededor de franjas de oro.

»Caía un poco su vestidura por debajo de la rodilla, y ceñían magníficamente sus derechas piernas dorados borceguies de precioso cuero cubiertos de hojas de oro con figuras extrañas y espléndidamente esmaltadas; por delante abrochábanse bajo la rodilla con una rica joya, donde se unían los extremos de todas las lazadas, de suerte que nadie podía ver cómo se confundían en sus estrechos repliegues.

»Parecían las piernas dos hermosos pilares de mármol, soportes de un templo de los dioses que todo el pueblo adorna de verdes guirnaldas y honra en sus solemnes congregaciones. Con imponente gracia y porte de princesa acortaba el paso cuando quería conservar su majestad. Pero, cuando jugaba con las ninfas de



los bosques ó cazaba el leopardo fugitivo, las movía ágilmente y volaba por los campos.

»En la mano tenía un agudo venablo; en la espalda un arco y un brillante carcaj, lleno de flechas de acerada punta con que abatía las fieras en sus juegos victoriosos, y sujeto con un tahalí de oro que atravesaba por delante su pecho de nieve y separaba sus delicados senos, que, cual tiernos frutos en Mayo, empezaban á abultarse un poco entonces, y no hacían más que indicar su puesto al través de la ligera vestidura.

»Sus rubios cabellos, rizados como hilos de oro, caían sueltos por detrás, y cuando el viento venía á acariciarlos flotaban como bandera ampliamente desplegada, y hasta más abajo de la cintura por la espalda se esparcían. Y ora fuese arte, ora ciego acaso, á medida que corría impetuosa al través del florido bosque, las flores se prendían en su diseminada cabellera, y allí se entretejían las capullos y las frescas hojas verdes.

»Más preciosamente que su vida conservaba la delicada rosa, hija de su mañana, la flor que adornaba la corona de su renombre. No consentía que el sol abrasador del Mediodía ni el viento penetrante del Norte llegasen á caer sobre su cáliz. Con pudoroso esmero replegaba sus hojas de seda, cuando empezaba á amenazar el cielo inclemente; mas, no bien se calmaba el aire cristalino, se abría y ostentaba en toda su belleza (1).»

Digo que él está delante de hinojos como un niño el día del *Corpus* entre las flores y los perfumes, transportado de admiración por ella, hasta el punto de ver en sus ojos una luz celeste y en sus mejillas el colorido

(1) Lib. III, canto v, estr. 51, y lib. II, canto III.

de los ángeles, hasta el punto de convocar juntamente para adornarla y servirla, á los ángeles cristianos y á las gracias paganas. El amor es quien suscita ante él semejantes visiones, «el dulce amor que baña sus alas de oro en el bendito néctar y en la fuente de los placeres puros (1)».

¿De dónde viene esa perfecta belleza, esa púdica y encantadora aurora en que ha reunido todos los esplendores, todas las delicias y todas las virginidades de la mañana? ¿Qué madre la ha traído al mundo, y qué portentoso nacimiento ha dado á luz semejante maravilla de gracia y de pureza? Un día, en una fresca fuente solitaria, donde el sol desplegaba sus rayos, bañaba Crisógone su cuerpo entre las rosas y las azuladas violetas. Se durmió fatigada sobre la espesa hierba, y los rayos del sol derramados sobre su seno desnudo la fecundaron (2). Transcurrían los meses. Inquieta y avergonzada, se retiró á los bosques desiertos y se sentó llorando, «con el alma envuelta en una negra nube de tristeza». Entre tanto Venus recorría toda la tierra, buscando á su hijo Cupido, que se había rebelado contra ella y huía á lo lejos. Le había buscado en las cortes, en las ciudades, en las cabañas, prometiendo dos besos á quien denunciase su retiro, y cosas más dulces aún á quien se le trajese. Llegó así hasta el bosque en que Diana, fatigada, reposaba con sus ninfas. Algunas lavaban sus miembros en la límpida onda; otras estaban echadas á la sombra; el resto, como guirnalda de flores, rodeaba á la diosa, que, soltando sus rubias trenzas y despojándose de su túnica, adelantaba el pie hacia el agua

(1) Lib. III, canto II, estr. 2.

(2) Lib. III, canto VI.



transparente (1). Sorprendida, rechazó á Venus, se burló de sus lamentaciones y juró que, si encontraba á Cupido, le cortaría las libertinas alas. Después, compadeciéndose de la afligida diosa, se puso á buscar con ella al fugitivo. Llegaron á la enramada en que Crisógone había dado á luz, sin saberlo, dos niñas tan hermosas como la aurora del día. Diana cogió una, é hizo de ella la más pura de las vírgenes. Venus se llevó la otra al jardín de Adonis, donde están los gérmenes de todas las cosas vivas, donde juega Psiquis, la esposa del Amor; donde Placer, su hija, retoza con las Gracias; donde Adonis, tendido entre los mirtos y las flores risueñas, revive al soplo del Amor inmortal. La educó como hija suya, la eligió para ser la más fiel de las amantes, y después de largas pruebas la dió al buen caballero sir Scudamour.

## XV

He ahí lo que se encuentra en el bosque maravilloso. ¿Os halláis mal en él y deseáis abandonarle porque es maravilloso? A cada vuelta de las calles de árboles, á cada cambio del día, una estrofa, una palabra, dejan entrever un paisaje ó una aparición. Es el alba: la blanca claridad luce tímidamente al través de los árboles; allá, en el horizonte, asciende un velo de vapores azulados que se desvanecen en la risueña atmós-

(1) Lib. III, canto VI.

fera; los manantiales tiemblan y murmuran débilmente entre sus musgos, y en las alturas empiezan á agitarse y á palpar las hojas de los álamos como alas de mariposa. Echa pie á tierra un caballero, un valiente caballero que ha derribado á muchos sarracenos y dado remate á muchas aventuras. Se quita el casco, y se ven aparecer de repente las mejillas sonrosadas de una joven, y largos cabellos que, «como un velo de seda, caen hasta el suelo». El sol juguetea en sus ondas, y, al mirarlos, se piensa «en esos cielos que, en ardorosa noche de estío, fulguran surcados por regueros de luces (1)». Es Britomart, una virgen y una heroína, como Clorinda ó Marfisa; pero ¡cuánto más ideal! El profundo sentimiento de la naturaleza, la sinceridad de la visión, la fecundidad de la inspiración siempre fluente y la seriedad germánica, reaniman aquí las invenciones clásicas ó caballerescas más anticuadas y gastadas al parecer.

El desfile de las magnificencias y los paisajes no se detiene. Promontorios desolados acribillados de anchas llagas; hacinamientos de peñas partidas y calcinadas por el rayo, adonde van á romperse las roncadas olas; palacios deslumbradores de oro donde damas hermosas como ángeles, indolentemente reclinadas sobre cojines de púrpura, escuchan con dulce sonrisa los acordes de una música invisible; anchos paseos deliciosos donde las encinas formando columnatas extienden su sombra inmóvil sobre alfombras de violetas vírgenes y sobre céspedes que jamás holló una planta humana: á todas esas bellezas de la naturaleza añade las maravillas de la mitología, y las describe con tanto amor y de tan buena fe como un pintor del Renacimiento ó un poeta

(1) Lib. IV, canto I, estr. 13; lib. III, canto IX, estr. 20.